ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL DESCONCIERTO IMPERANTE EN RELIGIÓN,

ARTE Y CIENCIA

Conferencia leída en la noche del 14 de Mayo último en St. James's Hall, de Londres, y publicada en *The Christian Commonwealth* del día 19 siguiente (1).

Si sentados en la orilla del mar contempláis la marea creciente y véis cómo llegan y rompen unas tras otras las olas, y cómo cada una de ellas avanza un poco más que su predecesora, abriendo á su vez camino á la que le sigue, tendréis una imagen exacta de la marcha ó evolución de las razas en la Humanidad, y si reparáis más en ellas, apreciaréis que la más alta en cada momento no suele ser la que penetra más en la playa. Aquélla que rompiese en espuma, deshaciéndose hirviente entre rollos y arenas, la que salpicara con choque furioso sobre el acantilado, produciendo un ritmo, una melodía, una extraña música al romper, es una ola que ha hecho ya su camino y que no irá más allá; pero mientras vuestra atención era por ella y por su estruendo solicitada, la cresta de la nueva ola que la sigue, que ha nacido junto á ella, silenciosa, casi impercep-

(1) En este número y en los sucesivos nos proponemos publicar las notabilísimas conferencias con las que nuestra Presidente de la Sociedad Teosófica ha asombrado al público londinense, hasta el punto de que pensadores de las más opuestas ideas no han vacilado en proclamarla uno de los oradores más geniales de los tiempos modernos. (*N. del T.*)

tible, visible sólo para el ojo que la observa, avanza sin romper, sin hacer ruido, sin ser notada; es la ola que sigue á la ola grande que ya ha roto, y que en su rauda carrera hacia la orilla irá mucho más lejos que todas sus predecesoras.

Esta sencilla pintura de un fenómeno harto conocido hasta por los chicos que han ido una vez siquiera á la orilla del mar, es la fiel imagen de la gran marea de la Evolución, en la que las olas representan las razas y el Océano la propia Humanidad. Cada gran oleada que viene á intervalos es una Raza, y cada una de las olas pequeñas que con ellas llegan son las subrazas que á la Raza integran. Lo que acontece con el agua, sucede exactamente con la Humanidad. No bien ha roto en espuma una sub-ola, alcanzando el punto más avanzado de su camino, otra nace silenciosa detrás de ella para realizar su misión en el mundo, precisamente allí donde perdiese la fuerza su antecesora. Entonces, en tan sublime momento, y bien visible para quien tiene ojos para ver, «un Angel poderoso bate sus alas fantásticas sobre la cima de la ola que rompe.....» Es el sér á quien denominamos

El Espíritu de la Época,

y sus pies huellan apenas la superficie de las ondas, y en sus bucles airosos juguetean los rayos del sol, y de su pecho nobilísimo surge una voz potente como el trueno, anunciando á las razas humanas: «He aquí el nuevo cielo y la tierra nueva en los cuales la equidad reinará» (1).

Tal es la época, tal es el tiempo en que nosotros, los de la presente edad, vivimos. La ola de la subraza, de la que todos formamos parte, ha roto ya en las playas de la vida; la ola que tras ésta ha surgido es la raza que está próxima á nacer, y cuya morada será aquel nuevo cielo y aquella nueva tierra, es

---

(1) Los conocedores de la hermosa lengua inglesa hallarán en este pasaje original mucho del prodigioso ritmo de *Las Campanas*, de Edgard Poë, merced á lo cual nos permitimos transcribirlo: «Then from time to time to those who have eyes to see on the crest of the breaking wave, appears the mighty angel that we call

The Spirit of the Age.

and His feet are on the wave, and his locks mingle with the rays of the sun, and He cries out in a voice of thunder over the races of men. Behold I make a new heaven and a new earth in which righteuosness shall dwell».

la raza que trae por misión el reinar en esta tierra regenerada. Tranquilamente, durante largos y largos siglos, milenios quizá, el curso de la evolución se desliza ante los ojos del observador casi sin sentido; mas de repente sobreviene un cambio profundo, transición de la raza moribunda á la naciente raza, lazo de unión, edad intermedia durante la cual son rápidos todos los movimientos, frecuentes las catástrofes, repentinos y como teatrales los cambios. Progresa más entonces el hombre en un año que antes acaso en siglos. Tal es el estado de transición en que nos hallamos en la actualidad.

Desde hace ya muchos siglos, la gran raza viene enviando avalancha tras avalancha de humanidad en colosales olas que se han ido esparciendo por toda Asia y Europa, naciendo, desarrollándose unas tras otras, culminando en sus poderes y declinando en sus vigores hasta su más completa ruína. Durante los tiempos pasados, la labor de la marcha del mundo se ha consagrado á preparar los moldes futuros tranquila, mansamente. Sin saltos ni violencias, las ruedas del tiempo han girado silenciosas, sin tropiezos apenas; mas no bien ha sonado la hora del nacimiento de la raza nueva, sucesora de la vieja que declina, doquiera advertimos los nuevos cambios si miramos en nuestro derredor, doquiera se muestran los signos del cierre de una era, porque ha llegado aquélla á un punto más allá del cual los métodos viejos y las viejas orientaciones no pueden ya continuar. No bien suena la hora del cambio en las comarcas que van á la cabeza del pensamiento y de la actividad humana, todo germina, todo brota con extraordinaria rapidez; los trastornos repentinos que se operan entonces en torno nuestro exceden á toda ponderación; á un cambio sucede otro y otro, y cada uno de ellos resulta mayor que el anterior hasta que el grueso, la masa social, haya alcanzado el nivel del nuevo progreso, velozmente después de la calma. Los hombres entonces se maravillan y casi no se explican cómo ha triunfado el nuevo pensamiento, y cómo el último desarrollo ha sobrevenido.

Por supuesto, que no es esta la primera vez que tamaño fenómeno ha acaecido en el mundo. Contemplemos los tiempos durante los cuales la raza predecesora de la teutónica ó anglosajona actual llegase al punto culminante de su esplendor y poder, y consideremos uno de los hechos que más han preocu-

pado á la mente humana. Semejante momento era el señalado para el nacimiento de Aquel á quien los países occidentales conocen por el Cristo, como período de rápida transición marcado cual señal de repentinos cambios.

Si á las gentes de entonces les hubieseis dicho, como yo ahora os digo á vosotros, «estáis en uno de los grandes períodos de transición de la historia del mundo; la raza que hoy impera está tocando, en realidad, á su cénit, y apenas culmine, inevitablemente caerá»; si se le hubiese añadido que en su seno iba á nacer el poderoso Instructor llamado á revolucionar al mundo futuro, á conmover los cimientos mismos de aquella civilización, cambiando la faz de la religión de las últimas razas aparecidas, aportando un nuevo y harto diferente código de Etica, é invocando, proclamando como virtudes las cualidades que hasta entonces se viniesen teniendo en poco, y de allí en adelante iban á ser consideradas, sin embargo, como la más excelsa aureola de santidad; si tales cosas, en fin, les hubieseis dicho, habrías sido considerados como los mayores visionarios y se os habría intentado confinar como peligrosos orates. ¿Por qué tenía que trocar el mundo sus viejos moldes, ni á qué podría conducir tampoco el guiar á la humanidad por nuevos derroteros? Y, sin embargo, menudearían las señales anunciadoras del cambio que iba á sobrevenir; vendrían iluminados y profetas anuniándoles la llegada de un nuevo Reino y el nacimiento de un nuevo Instructor llamado á cambiar otra vez la faz del mundo. Si, pues, dirigís una mirada retrospectiva á aquellos lejanos tiempos, y consideráis después los actuales, veréis repetidas una vez más en nuestros días las ceguedades de aquel antiguo pueblo; pero seguramente que en estos dos mil años la humanidad ha debido aprender algo más de lo que antaño sabía, sus ojos han debido ganar algo más en profundidad de conocimientos y las

Señales anunciadoras de que la presente edad toca á su fin,

deben resultar más claras para ella que aquellas otras señales lo fuesen para los hombres de los últimos días que precedieron al cierre ó término de la era de Roma.

No obstante, en lo futuro se dirá que tales cambios sobrevinieron otra vez de improviso, que un gran instructor surgiera súbito, que comenzó otra nueva era aportando un nuevo

cielo y una tierra nueva. Sobre esta última edad de transición pretendo hoy fijarme, y como hace tiempo que de mí se ha dicho que soy una extraviada y una soñadora, trato esta noche de indicaros algunas de las señales por las cuales podéis juzgar por vosotros mismos si no han sobrevenido ya grandes cambios anunciadores, y discernir si ha venido ó ha de venir un gran instructor en nuestros días como en aquellos otros antiguos, y cómo, en fin, el mundo se prepara para recibir un nuevo y más noble tipo de humanidad, llamado á vivir y reinar sobre la tierra regenerada. Muchos son los signos de que el presente ciclo se ha cerrado y de que un nuevo día se avecina sobre el planeta. En esta conferencia y en la siguiente nos ocuparemos de la época que agoniza, no de la raza que está á punto de nacer. Entrambas conferencias han de esparcir sobre vuestras mentes tristezas y negruras; pero recordar debéis, sin embargo, que también tras las tinieblas de la noche siguen los pálidos fulgores del alba, y de las obscuridades del estrellado firmamento nacen siempre las rientes alegrías del amanecer. Si lográis la dicha de ver cómo los dudosos tintes del crepúsculo son borrados por los dedos de rosa de la aurora, alegráos, es que la noche ya ha huído de vosotros, y vosotros, los recién nacidos del nuevo dia, vais á bañaros ya en los deliciosos efluvios del nuevo sol que acaba de nacer.

He elegido de tema para esta noche tres grandes regiones del humano pensar: Religión, Ciencia y Arte, y nuestra tarea actual es la de ir más allá, ver más allá del mundo actual de la religión, del arte y de la ciencia. Queremos empujar los viejos métodos más allá de la consabida esfera de acción á que han alcanzado hasta el día, demostrando que si no pueden ir más lejos de lo que hasta aquí han ido, es porque entre las manos actuales han perdido su virtualidad, incapacitados desde entonces para abrir nuevos horizontes al pensamiento y á las esperanzas del hombre. Doquiera se experimenta un estado de desorientación y, por decirlo así, de miseria y atonía, frente á tamañas tenebrosidades y dudas acerca de cuál sea lo verdadero, lo real, ¿hallaremos la roca viva donde asentar seguros nuestra planta? Entre la lucha cuerpo á cuerpo de encontradas ideas y sentimientos, ¿podremos hallar otra cosa que no sea el escepticismo y la incredulidad?

I.—Religión.

¿Cuál es la situación actual de las creencias religiosas del mundo? Ante todo, consignemos que desde hace muchos años ciertas fuerzas vienen laborando para acabar con la religión en nuestros días, y cuando hablo de religión me refiero, por supuesto, á la religión en occidente, toda vez que hablo á europeos, aunque debo añadir que desde otras apartadas regiones del mundo fluye una corriente de poderosa fuerza que se propone lograr no pierda ella sus preeminencias, consiguiendo extender no poco su beneficioso influjo. No quiero invocar, al efecto, aquí testimonios nacidos de labios teosofistas, sino que apelo á vuestro propio testimonio acerca de las dificultades con que el pensamiento religioso tropieza hoy, y éste es uno de los puntos más importantes que deseo tocar después de llamar vuestra atención hacia las fuerzas destructoras que socavan al edificio religioso. Apelo para ello al testimonio de cuanto los propios obispos y sacerdotes han dicho en sus publicaciones. Las fuerzas destructoras á las cuales aludo son principalmente tres, á cual más terribles. La falta de labor constructora en ella es una de las señales de que sus días están contados. Por de pronto no ignoráis cuán grande es el descrédito que ha caído sobre la enseñanza del mundo cristiano con lo que se suele llamar más alto criticismo, el cual ha ido pulverizando uno por uno los documentos con los que se ha construído la historia del cristianismo, tomándolos unos tras otros, examinándolos, analizándolos, comparando la redacción de cada pasaje con los demás del mismo documento, señalando las huellas dejadas por las diferentes épocas en que cada escritor se supone hablase, coleccionando sistemáticamente todos los giros y frases de los diferentes escritores, después de tomarlas palabra por palabra hasta llevarlas á la más amplia reciprocidad destructora. Se ha ido tan lejos en esta senda de investigación, que parece fué ayer cuando ella era condenada por la autoritaria cabeza visible de la gran comunidad católica.

El más refinado criticismo, el trato familiar con las enseñanzas y la historia misma de la Iglesia, analiza, escruta y depura el espíritu de cada época, y semejante síntesis no ha podido menos de ser condenada y prohibida como opuesta á los

cánones establecidos por la gran comunión católico-romana.

Hánse anatematizado los resultados de tamaño criticismo histórico, y la persecución más encarnizada se ha mantenido durante mucho tiempo contra los conocimientos de aquellos que han llegado á ser los maestros de las nacientes generaciones. ¿Tiene esta proscripción algo de extraño vista desde este punto de mira? Puesto que la religión es la fuente legítima de toda autoridad, y la que se enseñoreara de los libros, de las sucesiones, de todos los hechos históricos, en fin, de la vida entera, tamaño espíritu crítico viene á destruirlo por completo y debe ser terminantemente proscripto. Pero la forma cambia, nada permanece estable en este mundo transitorio, y nosotros, tomando los antiguos documentos, les restituímos todo su antiguo valor porque tropezamos con que la inspiración que los diese vida está aprisionada y desnaturalizada por la letra, mientras su espíritu ha permanecido tristemente descuidado hasta la aparición de la escuela crítica contemporánea. Se ha alzado, en efecto, una barrera tras otra para ser abandonada muy pronto al acercarse al ideal, como los niños cuando levantan construcciones en la arena, que no tardan en ser barridas por el embate de las olas. ¡Qué de controversias no se han originado respecto de aquellos documentos, disertando acerca del problema de si la religión era la árbitra de los libros y de las palabras y no la soberana del viviente y divino espíritu del hombre que semejante criticismo jamás puede llegar á destruir! De aquí es de donde todo pensamiento proviene y todo criticismo toma origen, y sea de esto lo que quiera, es bien notorio que se ha abierto tremenda brecha en el propugnáculo de la religión de nuestros días.

Volvamos la vista hacia otra fuerza destructora: el descrédito que la religión popular ó exotérica ha sufrido á consecuencia de las investigaciones arqueológicas. La ciencia que se ha llamado Mitología comparada, saca á pública luz, como resultado de tamañas investigaciones, olvidadas ciudades, insepultas librerías y exhumadas tumbas, á quienes se les ha arrancado los más altos y prodigiosos secretos, que bien pronto han resultado ser otros tantos arietes contra la religión de occidente. Fechas retrospectivas á quienes se adjudicaban apenas unos cientos de años, han sido evaluadas en millones de años. La Arqueología, la Geología, el estudio de las antigüe-

dades de cada país y sus razas prehistóricas buzan en el pasado de las razas pretéritas y aportan iguales resultados, conmoviendo los cimientos mismos sobre los que se asientan multitud de instituciones apoyadas por la religión y que antes se creyesen inconmovibles. A consecuencia de esas conmociones, de ese continuo trabajo de zapa del espíritu de la humana crítica, han nacido intensas dudas, vacilaciones, un casi general escepticismo y cierta angustiosa ansiedad por un mayor conocimiento, una aspiración más fuerte respecto de los hechos de la vida. Aparte de las mil cuestiones de detalle á las que ha afectado el influjo de la crítica destructora, ¡hasta la propia idea fundamental de toda religión ha caído dentro de

El crisol de la razón!

La idea misma de Dios ha sido puesta en tela de juicio; se ha analizado y argumentado sobre ella, con lo cual la concepción que antes formábamos de Dios también ha cambiado. ¿Quién sueña ya con preocuparse demasiado con la *Analógica* de Butler? ¿Quién pierde hoy su tiempo con las *Evidencias* de Paley? (1) Semejantes cosas se han dejado á un lado con desdén, porque la Idea de Evolución ha afectado á la religión entera y la concepción fundamental de la Deidad no ha podido escapar á las influencias de esta nueva atmósfera de pensamiento. Las viejas demostraciones han caído en desuso, y los antiguos razonamientos distan mucho de satisfacernos ya. La Razón, el pensamiento apoyado sobre la razón, no permite ya la menor posibilidad lógica, la probabilidad más pequeña respecto á la existencia de un Dios personal separado del Universo, y todo se proclama en favor de un Dios inmanente, consubstancial con el Universo, y su más alta manifestación es aquel Espíritu interno que palpita silencioso y augusto dentro de nosotros mismos. La idea de un Dios extracósmico ha desaparecido gradualmente del mundo del pensamiento. Aquella infantil idea de un Dios que construyese el Universo á guisa de una inerte máquina separada de sí, máquina cuyas ruedas y engranajes vienen girando bajo su voluntad exteriorizada, ó la de la turba de espíritus á él subordinados como autómatas, háse borrado ya, ce-

(1) Dos hermosas obras inglesas, tenidas hasta hace poco como la suprema palabra en punto á ciencia religiosa. (*N. del T.*)

diendo el puesto á un Dios que palpita en todo, un Dios que es todo vida y no un mecánico, un sér, en fin, que todo lo informa con su Espíritu, y no un simple creador exterior, nobilísima y exquisita idea que se ha entronizado ya por fortuna en el mundo religioso de nuestros días. Alcanzar á verle informando al Universo no nos resulta bastante ya, antes bien, nos es necesario que el Dios que hemos hallado dentro del Universo, como algo consubstancial con Él mismo, sea identificado también con Aquel de quien hablan las escrituras de Oriente en estos términos: «*Yo he emanado al Universo como una porción de Mí mismo y en él eternamente permanezco*». He aquí la senda salvadora que nos permite escapar á las fuerzas destructoras del pensamiento crítico que acabamos de considerar.

Obscuro y difícil nos resultaría hoy el continuar examinando otras grandes concepciones cristianas. Por el momento nos ocuparemos de una serie de notables artículos que ha publicado el *Hibbert Journal* de Enero último, colección de las más hermosas páginas que hayan podido consagrarse al problema de actualidad. Uno de tales artículos lleva un título extraño, que se relaciona mucho con el asunto que nos ocupa; su título es:

Jesús ó Cristo,

no «Jesucristo», no «Jesús y Cristo», sino «Jesús ó el Cristo», cosa natural si se tratase de un escritor teosofista; pero no, su autor es nada menos que un Ministro de la Iglesia anglicana, por el que confiesa, con un candor delicioso y con una bondad sin límites, cuán grandes dificultades nos asaltan al investigar por un lado, acerca del ideal espiritual, y por otro, acerca del hombre, y se plantea el problema de si no nos las estamos habiendo con las aspiraciones hacia el ideal espiritual, *al que hemos aplicado el nombre de Cristo,* y que fuese predicado por Jesús (1). Seguramente que muchos de vosotros habéis sabo-

(1) Aun sin salirse del terreno más estricto de la ciencia astronómica contemporánea, puede demostrarse que toda la evolución planetaria conspira, desde hace millones de años, hacia la formación de un planeta nuevo, astro cuya promesa, preñada de misterios profundísimos en lo espiritual, en lo psíquico y en lo físico, no es ajena á ninguno de los mitos arcaicos. Es el Lohengrin de la leyenda wagneriana de *El Caballero del Cisne*, el *Christos* de los gnósticos, *Budha*, del que son meros cobijamientos terrestres todos los *Budhas* humanos que han aparecido ó han de

reado dicho artículo en vuestros ratos de solaz, y habéis visto de qué manera tan notable hiere las dificultades apuntadas, puntualizando cómo en el mismo Nuevo Testamento encontraréis deficiencias que os impedirán aceptar las intepretaciones dadas en su tiempo, que pugnan con la idea de que éste fuera el verdadero Dios del Dios Uno. «No condenación, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva», se ha dicho en el sermón de la Motaña, contra aquella áspera y cruel ley que en el Talión se simboliza, proclamándose abiertamente las palabras del Maestro en favor de todo esfuerzo que se realice en pro de una saludable y humana atenuación de sus rigores. Nuestra conformidad con las palabras del Maestro y el reconocimiento de la misión atribuída á Jesús deben ser absolutos y, sin embargo, es harto sabido cuán frecuentemente ha violado la cristiandad semejantes enseñanzas á través de su historia. «Asimismo clama el artículo contra la tradicional y errónea manera de considerar á la mujer en relación con el hombre; contra el injusto principio de la inferioridad del sexo femenino, fatal equivocación que ha infligido tantos y tantos sufrimientos á la más bella mitad del género humano», y es tan profundo el análisis que punto por punto ha ido haciendo repetido trabajo, que ha llegado á declarar, á guisa de conclusión definitiva, que la identificación de Jesús con Cristo equivale «á hacer de Dios un Sér que es omnipotente y que, sin embargo, está limitado en sus poderes; omnisciente, pero defectuoso en el conocimiento; infinitamente bueno, pero al modo, no obstante, de cualquiera que va perdiendo por turno alguna parte de su ciencia divina al vaciarla en los moldes estrechos de la ciencia del hombre.....» Sería un intolerable abuso de lenguaje el pretender decir que esto es un misterio que no debemos sondar, y llega á tanto la contradicción sobre el particular, que todo son dificultades para los eclesiásticos que han de escribir para las cla-

---

aparecer sobre la superficie de nuestro misérrimo planeta. Algo de ello puede verse ya publicado en los *Comentarios á la genealogía del hombre*, que vienen apareciendo en la revista teosófica *La Verdad*, de Buenos Aires. Esto no tiene nada de extraño, porque es sabido que la clave astronómica es la más inferior de las siete del Misterio y que ha sido conocida no sólo por el pueblo indo y el egipcio, sino también por el pueblo persa, quizás por el pueblo druída y seguramente por el pueblo caldeo, de donde pasó á los cabalistas, quienes se encargaron luego de desnaturalizar su purísimo alcance transcendente. (*N. del T.*)

ses ilustradas ocupándose de estas materias, pues les resulta humanamente imposible el seguir conciliando el moderno pensar con aquella vieja opinión de constituir la personalidad de Jesús la más amplia revelación del Cristo.

No es posible ya dejar incontestadas, como antes, tamañas interrogaciones. Hay que resolverlas yéndose al fondo mismo del problema. La cristiandad trabaja fatalmente en demanda de una razonable resolución de él, y halla que aquella revelación de la maravillosa personalidad de Jesús excedía á cuanto la humanidad hubiese podido desear ó buscar en aquel tiempo, cosa que aún no ha llegado á comprender, por falta de preparación, la ortodoxia de nuestros días.

Si pasamos á investigar, tras la Religión propiamente dicha, tal y conforme la consideramos, el amplio campo de las diferentes éticas, tropezamos también con las enormes dificultades que las asaltan en la actualidad. Después de mi última estancia en Londres habéis celebrado un Congreso de Educación Moral, al cual han enviado sus más selectas representaciones unos 50 países europeos. Una de sus principales actividades ha enfocado hacia el problema de si la educación es ó no parte integrante de la religión, cuestión de las más serias en nuestra época y que se plantea en estos términos: ¿Deben basarse en la religión todos los códigos de ética y ser sancionados por ella, ó han de formar éstos un grupo aparte, completamente separados de lo religioso? La opinión corriente hoy se pronuncia en favor del segundo criterio, de que las enseñanzas éticas ó morales deben ser constituídas como grupo independiente, pensando en una

Ética separada de toda sanción religiosa.

Semejante criterio parece tanto más sensato cuanto que las rivalidades recíprocas entre los diversos organismos religiosos, sus eternas disputas acerca del problema de la educación, han agotado la paciencia de Inglaterra, como del resto de Europa, y hombres y mujeres han vuelto la espalda con menosprecio á las infinitas trivialidades y ñoñerías que se vienen dando como pasto espiritual á cientos de miles de niños y niñas que en el decurso de los años han de constituir más tarde la masa de los críticos futuros del país. Fijémonos en el asunto que ha parecido más vital y lisonjero.

Por fortuna, en el citado número del *Hibbert*, que he elegido como tema, nos encontramos con un breve artículo referente á esto, al problema de las relaciones entre la religión y la educación. El articulista se ocupa de una notable conferencia dada en dicho Congreso, en la que se aboga por que le sea inculcado al niño el debido respeto hacia la idea religiosa..... enseñándole que el único modo de reverenciar á Dios consiste en que cada cual cumpla con su deber, de acuerdo sólo con su conciencia y su razón. He aquí, en efecto, un precepto que halla casi universal aceptación en la época presente, y todavía, sin embargo, su valor ó su inutilidad completa depende de estas dos palabras: *razón, conciencia.*

Pero si la conciencia deja de estar alumbrada debidamente, harto pequeño ó nulo será el servicio que podrá llegar á prestar á aquellos niños y niñas cuando se desarrollen en hombres y mujeres completos. La conciencia rectamente esclarecida en sus luces es, en verdad, la base fundamental de todo Estado; mas la no iluminada como se debe, es capaz por sí sola de arrastrarnos á los mayores crímenes. El inquisidor llevaba impasible á la hoguera á todo aquel á quien buenamente diputaba como hereje. El obispo Laud, siguiendo escrupulosamente los dictados de su respectiva conciencia, persiguió, torturó é infligió horribles mutilaciones á los puritanos sin salirse de esta regla. La conciencia errada ha cometido los mayores crímenes en todas las naciones é individuos. De aquí que la debamos iluminar cuanto sea posible, é igual acontece con la razón. Si cultivamos, iluminamos y desarrollamos más y más nuestra razón, nos haremos fuertes. Guiada y encauzada, ella nos conduce por el luminoso sendero; pero cuando no la ejercitamos al tenor de las leyes de la lógica y del criterio de sensatez ó cordura, se hace tan irracional la razón, si vale la frase, que resulta indigna de su glorioso nombre. No basta, pues, el decir que deben ser guiados los hombres solamente por su razón y su conciencia, sino que deben ser encauzados por la disciplina de la razón para que ésta pueda esclarecer los caminos de la conciencia.

Ahora bien, ¿es esto lo que hoy acontece? Cuando en el pasado la religión lo abarcaba todo, la religión era la moral misma; pero ¿puede hoy la sociedad crear reglas morales independientemente de la religión? Nuevas dificultades surgen acerca

de esto. El obispo de Tasmania ha llamado bizarramente la atención del imperio británico respecto de las perplejidades que asaltan en cuanto á las enseñanzas religiosas. De un modo palmario demuestra él que el Antiguo Testamento dista mucho de ser—tales son sus propias palabras—un libro adecuado para la instrucción moral de ningún niño cristiano. A la pregunta relativa á si debe emplearse el Viejo Testamento con objeto didáctico, responde con una rotunda negativa. No duda el prelado un momento de que en semejante libro se encuentran magníficos pasajes de moral, espléndidas inspiraciones éticas, pero que se impone respecto de él un serio trabajo de selección, aplicando nuestra conciencia moral al escrutinio que es necesario hacer en las antiguas escrituras. Nunca se ponderará lo bastante el sincero ardimiento de tan notable prelado al hacer una declaración tamaña de que debe ser proscripto el Antiguo Testamento como libro educativo.

Sea de ello lo que fuere, y suponiendo que admitimos aquel criterio—y las gentes más cultas lo admitirán sin duda—, ó sea que se impone una selección cuidadosa en los pasajes bíblicos, ello no constituye una respuesta suficiente para el problema.

La cuestión es ésta: ¿podréis, efectivamente, enseñar cierta clase de virtudes al niño sin caer bajo una férula religiosa? ¿Estáis dispuestos á demostrar con hechos que podéis inculcarle sin sanción religiosa cierta clase de virtudes, decimos, en los duros días actuales de concurrencia comercial y de lucha? Acaso podáis conseguir enseñar á un niño á que sea prudente, aplicado, juicioso; podréis quizá hacerle comprender el valor de la facultad de adquisitividad y dotarle de previsión para lo futuro. Toda esta clase de virtudes las podréis inculcar en su mente y conducta bajo un punto de vista meramente utilitario, según se denomina; pero si volvemos otra vez al notable artículo de la citada publicación, que se titula *La futura conciencia social*, advertiréis que más de un viejo prejuicio ó delirio de antaño, que ha sido tenido otras tantas veces como virtud, es hoy considerado universalmente como vicio. La no resistencia, por ejemplo, es hoy considerada cobardía; á la dulzura se la considera por no pocos como prueba de flaqueza; un hecho cualquiera que no se ha rumiado por la mañana es tenido por imprevisión notoria; la falta de humana malicia en las

relaciones sociales ó «falta de mundo», es reputada como una fase de la sentimentalidad.

Todo esto es absolutamente cierto. Cuando intentáis hablar de aquellas otras virtudes á las que alude la repetida publicación, como fundamentalmente unidas á la idea religiosa, virtudes sin las cuales es imposible hasta la existencia misma de las naciones, ya es otra cosa. Para vosotros, los que separáis lo moral de lo religioso, no puede hablarse de virtudes cívicas no apoyadas en el ciego egoismo. Este es un punto que debería tener presente siempre todo educador. El propio sacrificio, la compasión, el sufrir de buena voluntad ó sin réplica por causa de otros, el tomar sobre nuestros fuertes hombros la carga del que es débil, la realización, en fin, de éste y otros deberes tales, es más augusta que todos los derechos, y responsabilidad más grande y vital que la de la propia defensa egoista. ¿Cuándo ni cómo podréis cimentar tamañas virtudes sobre la base del personal egoismo utilitario?

Á esto se me opondrá que tiempos atrás enseñaba,

Cuando yo era escéptica,

que puede llevarse al pueblo hasta el propio sacrificio y la propia renunciación por una llamada viva al sentimiento de humanidad, al sentimiento de deber ó apego á la raza, mas por desgracia, semejante invocación suele ser frecuentemente desoída en los casos aquellos en los que son más precisas dichas virtudes.

Se recurre á lo noble, pero la mayoría no es noble; apélase al altruismo y al heroismo, mas la generalidad de la gente es de muy mediano valor y de harto ilimitado egoismo. Se tienen aquellas virtudes con frecuencia en los labios cuando no son necesarias; pero cuando ellas nos llaman á la acción, los más permanecemos inmóviles y fríos en los momentos en que nos eran más precisas. ¿Iréis á hablar al millonario, que ha edificado su fortuna sobre la ruina de cientos de familias, de la sublimidad del propio sacrificio y de la grandeza de la propia renunciación? Las gentes del tipo egoísta responden indefectiblemente: «¿Me he de sacrificar por un futuro obscuro?» ó como aquel chistoso francés que formulaba esta paradoja: «¿Cómo ha de poder hacer la posteridad nada por mí si yo me sacrifico por la posteridad?» Este hombre, como véis, era el

prototipo del perfecto egoísta; pero ¿de qué modo hallar la regla moral que debe aplicarse á semejante respuesta? Sin el propio sacrificio, ninguna sociedad está segura; sin la propia renunciación de lo pequeño en aras de lo grande, del ego individual en aras del ego social, no es posible la vida de las naciones, la estabilidad necesaria para el edificio social falta, y aquellas virtudes que fueran proclamadas por la religión, distan un mundo de las otras falsamente apoyadas en una idea utilitaria cretina, porque la mayor utilidad para la nación es aquella que no ignora cuál es el sistema de engranajes que ligan á la parte con el todo, y esta enseñanza no puede hallarse fuera de la religión como única conocedora de aquel más excelso Ego, del que todos y cada uno de nosotros formamos parte integrante, hasta el punto de que cuantas veces rinda homenaje á las relaciones terrestres y celestes que ella enseñara siempre, otras tantas el hombre se siente un coloso; no una desvalida y mísera criatura abandonada sobre un misérrimo planeta, sino un sér integrador del universo, una vida cósmica, no terrena, una dulce nota del concierto de los mundos.

Tal es la verdadera y tradicional enseñanza religiosa, sólo por ella y por la realidad inmortal del divino Espíritu del Hombre aportada. Sin ella jamás subsistirá vuestra moral y caminaréis hacia las más espantosas catástrofes á que os veréis fatalmente conducidos si parando mientes en las frivolidades y niñerías de los *religionistas* al uso—las gentes de la letra que mata, no del espíritu que vivifica—, apartáis la religión de su puesto en el cuadro educativo, del que es inspiración y firme asiento. Tales son, en suma, los puntos principales de mira que he tenido presentes para tratar de convenceros de lo que he llamado atonía, desastre, desconcierto en religión. De hecho es indispensable para el hombre actual una religión nueva y una nueva síntesis moral, sin las cuales os faltará la inspiración más excelsa, y sin la cual la época presente caminará á obscuras.

Annie BESANT
(Traducción de M. Roso de Luna).

(Concluirá).

LA EVOLUCIÓN DE LOS DIOSES

Cuando, hace ya muchos siglos, una fila de vírgenes y de mancebos vestidos de blanco y coronados de rosas, subían lentamente la ancha escalinata que comunicaba la Atenas antigua con la Acrópolis sagrada, siempre coronada de estatuas y de templos, llevando las ofrendas de flores y perfumes que iban á depositar ante el Partenon de mármol purísimo, templo de la diosa de la Sabiduría y protectora de la ciudad; ¿quién había de imaginar que, en un día no muy lejano, dejarían de circular las clásicas teorías, no se depositarían ya más ofrendas sobre esos altares, y que la Pallas de marfil y oro y toda su parentela del Olimpo, no encontrarían adoradores salvo en algún lejano admirador secreto de la belleza y arte helénicos?

Los misterios habían decaído de su antiguo esplendor; en los santuarios de Serapis y de Esculapio no se operaban ya más curaciones maravillosas; los sacerdotes de costumbres relajadas habían perdido los poderes ocultos que en otra época les había dado la iniciación, y los reemplazaban por artificios y fraudes para mantener las multitudes siempre sumisas al culto de las antiguas divinidades. El fuego de Vesta se había apagado varias veces en el *edículo* de la diosa, simbolizando esto la fe que se extinguía también en el alma de los romanos, y el escepticismo ó el deseo ardiente de otras creencias y de otras promesas se dejaba sentir de uno á otro confín del gran imperio.

Entonces una doctrina sublime, predicada por un hombre obscuro de Galilea, comenzó á propagarse con lentitud aunque con firmeza; una doctrina en armonía perfecta con los sentimientos elevados que existían ya en las almas puras y sencillas, de todos los que sufrían, de todos los oprimidos, de los que aún amaban y esperaban.

Los que antes se habían embriagado con el rojo vino en los misterios de Dionisios, se embriagaron después, también con un rojo vino: la sangre mística de Aquel que la derramó toda

sobre una cruz para confirmar su doctrina, por amor á la humanidad.

La embriaguez fué inmensa, el imperio temió la formación de un estado dentro del estado. Los emperadores, déspotas que subían al trono en una revuelta, temieron que los cristianos les arrebataran su incierta corona; y los sacerdotes decadentes, que las multitudes, retirándose de los altares, no depositaran ya más ofrendas, que fueron su pan y su riqueza. El sacerdote fué el aliado del déspota, porque durante toda la historia de la humanidad el sacerdote ha sido siempre el amigo de los poderosos; y ambos pretendieron anegar en sangre al cristianismo siempre creciente.

Las cárceles se llenaron, los anfiteatros se cubrieron de cadáveres, los vapores de la sangre parecía que iban á obscurecer el sol, pero de la sangre de los mártires nacieron nuevos cristianos, porque está probado que nada hay que propague más una idea, como la persecución de la misma idea.

A la sabiduría de aquel que fué coronado de pámpanos, se había opuesto la sabiduría del que fué coronado de espinas; á aquellos que habían buscado el objeto de la vida en los goces y en la belleza del ideal puramente humano, otros hombres opusieron el sufrimiento, el anonadamiento de la voluntad de vivir.

El cristianismo creció, la política imperial de Constantino vió la conveniencia de hacer de la más poderosa de sus sectas la aliada del imperio, y proclamó como religión nacional la creencia aprobada en el concilio de Nicea.

Juliano, emperador llamado comúnmente *el apóstata*, fué uno de los últimos adoradores del paganismo espirante. Nada podía su imperial poder contra las multitudes que abrazaban la nueva religión. En vano empleó, alternativamente, la dulzura y la violencia, para convertir los cristianos á la antigua fe. El reino de los falsos dioses estaba irremisiblemente perdido.

Lleno de cólera, viendo su impotencia para cambiar la ley de las cosas, pretendió apagar en expediciones guerreras su ardiente deseo de rehabilitar á los muertos. Emprendió una loca campaña en Persia, que terminó con su muerte en el campo de batalla; entonces profirió esas memorables palabras que después se han cumplido: «Tú triunfas Galileo, pero la victoria será nuestra... más tarde... los dioses volverán... todos seremos dioses.»

Después de las invasiones de los bárbaros que todo lo tras-

tornaron, vino la Edad Media, austera, sombría como los castillos que se edificaron, como las catedrales que poblaron el Occidente. Sus flechas góticas y sus ojivas que aún tienden hacia el cielo, son el vivo reflejo de esa época de temores y esperanzas en que el miedo al infierno y el anhelo del cielo eran la preocupación constante de los humanos.

Nacieron los santos por millares; se contaron milagros estupendos de estos protegidos del cielo, muchos de ellos divinidades paganas transformadas en santos cristianos. La *Leyenda Dorada*, de Voragine, ejerció una influencia extraordinaria sobre las almas simples é ignorantes de la Edad Media, y estas leyendas de santos, afirmadas por la tradición y la costumbre de venerarlos, tomaron proporciones tales de veracidad histórica, que un buen católico no se hubiera permitido jamás dudar de ellas.

Un paganismo nuevo que en vano combatieron los emperadores iconoclastas de Oriente, brotó de las cenizas ya dispersas del helénico y alejandrino; y al culto de los símbolos, á los ensueños de los místicos, se vinieron á oponer los delirios monstruosos de la magia y de la hechicería. El choque fué terrible: en vano la Iglesia y el Estado, siempre aliados, inventaron los tormentos más refinados; en vano quemaron en masas hombres, mujeres y niños; de las cenizas de los mártires de estas nuevas ideas, nacían nuevos magos y nuevas hechiceras.

El número de alquimistas, astrólogos, hermetistas de todas clases y pobres histéricos, bárbaramente sacrificados, fué enorme; pero el Estado y la Iglesia necesitaban de sus riquezas y los secretos de que estos desgraciados se decían propietarios y los condenaban sin apelación.

Durante el renacimiento se operó un fenómeno que pareció confirmar por un momento las palabras de Juliano, espirante. Los dioses de mármol y de metal fueron descubiertos, muchos mutilados, adonde los habían enterrado los cristianos fanáticos, en su violenta reacción contra el paganismo espirante. Las letras y las artes de Occidente sufrieron la influencia de artes y de letras que se creían para siempre perdidas. Un siglo de oro, en el que figuraron los Vinci, Rafael y Miguel Angel, se ofreció á la Europa regeneradora; y un Papa, Alejandro de Borgia, que besaba una impúdica Venus Afrodita esculpida en la esmeralda engastada en el centro de su cruz pectoral.

Los viajes y los nuevos descubrimientos parecían trastornar más aún las conciencias.

Colón, descubriendo un nuevo mundo, había dado un mentís á los cosmógrafos, astrónomos, geómetras, geógrafos y dignatarios de la iglesia, reunidos en el *Colegio de altos estudios* de Salamanca, para estudiar las teorías de este aventurero y calificarlas «de impías é incompatibles con los dogmas de la fe». Galileo, sosteniendo la rotación de la tierra, había incurrido en herejía por mantener «una proposición absurda y falsa en filosofía y considerada teológicamente como errónea y contraria á la fe»; y Giordano Bruno, sobre la hoguera eclesiástica, ganado con la palma del martirio, la inmortalidad en el alma de todos los que piensan libremente y aman la investigación de la verdad.

Las ideas estaban sembradas y no hicieron más que brotar.

Las luchas de la *reforma* contra las viejas ideas de la Edad Media, habían servido para fortificar el libre pensamiento humano; y el trabajo oculto de muchas sociedades secretas prepararon la evolución del porvenir.

La revolución francesa estalló, fruto de este trabajo secreto y de los viejos rencores, mal contenidos por una incompleta organización. Entonces se vió lo que es la humanidad entregada á sus pasiones: nuevos delirios de sangre y de venganza, resultado del mal ejemplo dado por las pasadas épocas, fué la reacción violenta contra la opresión. Los perseguidos se hicieron perseguidores.

Un nuevo culto, el de la diosa Razón, reemplazó por un instante al más puro é ideal de los cultos de la humanidad, al de la diosa madre, Isis ó María. Una prostituta recibió en su lugar los profanados homenajes que sólo se deben al amor ideal y á la pureza eterna.

Después, muchos sistemas y filosofías se han inventado, pero en el fondo de todos ellos, como en el fondo de todas las religiones, existe y ha existido siempre la inmutable Verdad.

La doctrina del origen divino del hombre, antes sólo conocida de los iniciados en los misterios de las religiones arcáicas y de las sociedades secretas de la Edad Media, es hoy día el patrimonio de todos gracias á las enseñanzas de la Teosofía. Por otra parte, la humanidad parece haber comprendido ó presentido esta sublime verdad.

El hombre por todos sus esfuerzos trata de arrancar á la na-

turaleza sus secretos, y por una espiritualización cada vez mayor vuelve por la evolución á su divino Origen.

Las palabras de Juliano espirante se han cumplido y se cumplirán: «Tú triunfas Galileo..., mas tarde... los dioses volverán... todos seremos dioses.»

Francisco de B. ECHEVERRÍA

Lucerna, Septiembre 1909.

ELEVACIÓN ESPIRITUAL

Redímete á ti mismo.

LECTOR QUERIDO: Tú, que buscas afanoso el conocimiento de tu propio sér; tú, que sientes en tu interior una ardiente sed de verdades espirituales, mediante las cuales llegarás á una comprensión clara y verdadera de lo que hoy son para ti y la gran mayoría de la humanidad misterios impenetrables; tú, que acaso ignores el verdadero sentido de lo que vulgarmente se llama Cielo, Infierno y Purgatorio, por qué se cometen «pecados» y cómo éstos han de ser redimidos ó perdonados, escucha. Pon atención y cariño en la lectura de estas líneas, sin formar juicio previo de quién y por qué se han escrito. Ellas han sido trazadas con todo amor, desinterés y buena fe, y ¡acaso seas tú mismo quien las ha inspirado con tu ardiente deseo de saber! Ellas van desfilando por delante de tus ojos ofreciendo á tu mente y todo tu sér todo aquello que en tu actual estado de desarrollo pueda serte más necesario y beneficioso. No esperes más, porque no sería lícito. Acaso pienses que tú sabes más de lo que aquí se te ofrece, mas ¿qué importa esto? No eches en olvido que el más sabio recibe, á veces, lecciones importantes del sér más ignorante y estúpido, y aun de los mismos animales. Es necesario, por lo tanto, si quieres prosperar en tu elevado empeño de acercarte una vez más á la realización de tu divino YO, por medio del cual podrás mirar todo el Universo bajo una nueva faz y orientar tus pasos por la senda que ha de llevarte á la meta final, que sigas la lectura atenta y detenida de lo que aquí se te ofrece. Acaso no sea un hombre quien te habla ó te escribe, sino más bien tu propio espíritu, quien deseando llamar tu atención hacia *sí mismo* se vale de este hu-

milde servidor como instrumento para hacerlo. Así, pues, si aquí puedes hallar algún fragmento de verdad que creas útil y beneficioso, recíbelo como cosa tuya, porque tuyo es y tuyas son todas las cosas, y *en ti está todo*, aunque por el momento no te sea posible hallarlo. Busca, busca constantemente y verás en corto tiempo cómo la obscuridad se disipa. La luz del nuevo día está bañando todo tu sér; abre, pues, las puertas y ventanas de toda tu alma para que *penetre dentro*.

El hecho de que tú hayas sido atraído hacia la lectura de estas líneas, significa claramente que tú deseas esta luz; quiere decir que por virtud de tu actual estado de desarrollo estás ya preparado para entrar á formar parte de la gran Fraternidad, donde sólo se vive para practicar el bien por el bien mismo; donde se ama con el Santo Amor de la Pureza y se trabaja con FE por el adelanto de la raza.

Debes transcender más allá de toda concepción miserable y raquítica con que las vulgaridades del mundo miran y aprecian el significado de las más grandes cosas. Entra, entra con amor y decisión en este sendero, y verás cómo una á una se disipan todas tus dudas. La faz del mundo cambia á tu mirada, y las falsas creencias, los viejos prejuicios y el gran cúmulo de incertidumbres que por tanto tiempo te han atormentado y empujado de aquí para allá, sin saber lo que eras ni lo que querías, ni pensar lo que pensabas y por qué lo pensabas, caerán de ti, uno á uno, para dar lugar al nuevo estado de cosas, próximo á efectuarse.

Comprenderás con sumo placer que todas tus desdichas actuales (todo lo que hoy eres) es el fruto de tu propia obra, así como tus obras de hoy preparan tu porvenir. Tú eres, en efecto, quien aras la tierra; tú quien siembras las semillas y las cuidas hasta que broten, den flores y frutos, y tú mismo quien hará la recolección. Tú, en fin, eres tu mismo creador, y es necesario, por tanto, que tu obra marche de acuerdo con los divinos planes. No sea que pretendas hacer á otro responsable de tus obras, pues nadie más que tú debes afrontar las consecuencias, ya sean buenas, ya malas; y esto lo harás con valor y entereza, porque el temor y la cobardía jamás van al cielo, ni sirven de base para que nadie llegue á tales alturas.

Es probable que alguna vez hayas procurado olvidar de propio intento alguna de tus «malas» acciones porque causaban

tormento á tu conciencia, ¿has podido conseguir el olvido? Si así ha sido, sólo habrás obtenido una pequeña tregua para después volver á agotar tu mente con más vehemencia. Es necesario procurar, no adormecer, sino *destruir*, arrancando las raíces del mismo corazón, del fondo de tu propio sér, porque en tiempos pasados tú mismo las has alimentado y has pensado erróneamente que eras tú mismo todas esas cosas.

Pero todo lo que ahora crees que son «malas acciones» y «actos vergonzosos», no lo eran así, en verdad, cuando te sentías «uno» con esas mismas acciones y esos mismos actos. Destruye ahora todas estas inarmonías, poniendo orden y gobierno en tu propia casa. ¿Qué importa los infinitos errores cometidos? Lo que hoy reconoces como errores y sarcasmos fueron en pasados tiempos cosas naturales, ajustadas exactamente á tu estado de desarrollo. Tú, pues, sólo has *accionado*, respondiendo juntamente á la ley de la vida. Tus acciones produjeron en ti «estados» de conciencia cuyas vibraciones te hacen sentir dolor ó placer, risa ó llanto, y de acuerdo con esas impresiones íntimas la gradual modificación y crecimiento se ha efectuado. Para poder dar principio á la total destrucción de las inarmonías de que eres víctima, es necesario una previa realización de conciencia espiritual, donde nace el propio poder, confianza y osadía. Necesitas saber, ante todo, que tu personalidad transciende mucho más allá de tu cuerpo físico, y por lo tanto de tu concepción actual. ¿Puedes concebir que tu verdadero YO llena todo el Universo? ¿Puedes realizar el hecho de que tu propio Espíritu está asimismo presente en el Sol que da luz, calor y vida á todo el Universo, en la Luna, y en fin, en todo el enorme conjunto de soles y planetas visibles é invisibles que constantemente giran en el Espacio Infinito? ¿Puedes erigirte en Rey y Señor de toda tu naturaleza inferior, imponiendo silencio por medio de tu voluntad á las demandas de la carne? Si es así, entonces te será posible ser dueño de un gran caudal de poder invisible, por medio del cual las pasiones y remordimientos que existen dormidos en tu interior, podrán ser realmente destruídos, incinerados, pulverizados y arrojados fuera, en forma de cenizas, para jamás revestir para ti las antiguas formas. No pienses por esto hallarte del todo libre de la tentación y del deseo. A medida que el hombre avanza en el Sendero de Perfección, nuevas dificultades le asaltan y nuevos y más in-

trincados problemas se le presentan. Mas él crece asimismo en habilidad y poder para vencerlos. No creas jamás hallarte agobiado por el peso de una carga insoportable; aquellos que dirigen y vigilan tu labor no cometen el error de echar más peso que aquel que tus hombros resistan. Ellos saben justamente tu grado de poder y resistencia. Ten, por lo tanto, *fe* en tu propio poder, *piensa que puedes*, toma resueltamente tu fardo y marcha con él—no pienses que te es demasiado pesado—no pienses que algún sér extraño te lo hace cargar, eres tú mismo quien lo hizo y tú quien lo lleva. Procura ahora aliviarlo para lo futuro poniéndote en armonía y contacto con la gran Ley de Equidad, obrando de acuerdo con Ella, viendo, oyendo y pensando con y por Ella.

Detente un momento sin permitir que los intereses de la tierra ni tu importancia personal te distraigan, medita imparcialmente sobre ti mismo y te convencerás cómo tu actual persona no es más que un simple instrumento ó vehículo por donde tu Rey y Señor se manifiesta en este mundo. Mas este Rey y Señor, á quien tú sirves de instrumento, á quien adoras, á quien sientes, *aunque no ves,* no es un sér extraño á tu propia naturaleza; eres tú mismo en Espíritu, es tu propio YO divino, lleno de esplendor, poder y gloria.

Cierra aún más todos tus sentidos físicos, y por medio de un acto de tu voluntad, procura concebir más claramente esta divina presencia; deja que tus facultades pensantes se concentren y se eleven por encima de todas las miserias y pequeñeces del mundo físico, y reúne la mayor suma de valor, fe y confianza para la realización de esta aspiración suprema. De esta elevada manifestación has de recibir la nueva vida—una vida intensa y agradable que correrá á torrentes por todo tu cuerpo—; fluirá á ti una mayor suma de poder y habilidad, y un sentimiento de nobleza y de amor hacia todas las cosas principiará á manifestarse en tu corazón. Es necesario, empero, ya que pretendes trepar á tales alturas, efectuar un riguroso examen de ti mismo, si aún eres egoísta, vengativo ó envidioso, si te mortifica la ira ó te embriagan las pasiones del mundo; si te acosa algún remordimiento ó te sientes pequeño y miserable, no estarás en condiciones apropiadas; tu alma no podrá volar libremente con este pesado fardo, pero tú sabes ya cómo hacer para librarte de este peso enorme.

Trabaja, por lo tanto, con paciencia haciendo uso de la voluntad para arrojar de ti las impurezas y miserias del mundo. Tú no eres ya un pecador inconsciente, sino el ¡rendentor de ti mismo!

Manuel A. BUELA

NO-SER, EXISTIR Y SER

III

Hemos sentado que todo cuanto existe no tiene principio ni puede tener fin, y ahora debemos añadir que todo cuanto con los seres se relaciona cambia constantemente. El cambio es sinónimo de progreso. Sin el cambio no es posible la evolución. Al convertirse en un Kosmos una determinada porción del ESPACIO, la Vida ó Mónada en el mismo contenida, que hasta aquí había vivido el sueño eterno, sueño que consistía en vibrar desde toda eternidad sin tener sensación ni conciencia de ello, lleva consigo el germen de todas las posibilidades; posee, pero sólo en estado potencial, la semilla de todos los poderes, de todos los conocimientos y de todas las virtudes que vemos en los seres que nos rodean y en nosotros mismos, así como las que podemos suponer en los seres á quienes damos los nombres de Maestros, Dioses y Logos. Si la Mónada no poseyese en germen la posibilidad de asimilarse todos los poderes y virtudes que hemos mencionado, entonces sería incapaz de progreso alguno; no poseyendo el germen de la sensación, jamás podría llegar á ser sensible; careciendo del germen de la conciencia, jamás podría llegar á ser consciente. Allí donde no hay semilla, tampoco puede haber esperanza ni posibilidad de cosecha. Para recoger es indispensable, primero, sembrar. Sería tan imposible que la Mónada se asimilase nada de cuanto nosotros—que somos una de tales mónadas—poseemos, si careciese del germen de todas las aptitudes y posibilidades, como sería y es imposible comunicar sensibilidad y conciencia á un pedazo de madera ó piedra, ó como si nos empeñáramos en dar lecciones de canto ó de esgrima á un caracol ú hormiga. Esta es la importantísima diferencia que hay entre el Espíritu y la Materia, entre la Vida y

la Forma, entre la Mónada y su Vehículo. Cuando ambos son ESPACIO ó No-ser son insensibles é inconscientes, mas cuando se hallan dentro del Círculo, esto es, cuando la Fragua de la evolución principia á funcionar, entonces se hace posible, y es además absolutamente indispensable que, lo que está en estado potencial ó latente, se desarrolle; que lo que es embrionario crezca y se perfeccione; que lo que sólo contiene una promesa ó posibilidad se convierta en un algo real y positivo. Poseyendo el Espíritu ó Vida los gérmenes de la sensibilidad y de la conciencia, puede desarrollarlos y los desarrolla por modo infalible; careciendo de tales gérmenes la Materia ó Forma, se halla en la más absoluta imposibilidad de desarrollar cosa alguna. De allí donde nada hay nada puede sacarse; de allí donde hay algo, por poco que sea, cabe la esperanza (y en el caso que estamos estudiando cabe la más absoluta seguridad) de conseguir que este algo evolucione, se desarrolle y purifique por modo indefinido. De aquí, pues, que la palabra progreso sólo puede aplicarse ó referirse á la Vida ó Mónada, mas en modo alguno á la Forma, Materia ó Vehículo. La Vida, lo mismo que la Forma, cambia constantemente desde el primer momento que penetra en el Círculo de hierro; pero la primera es sensible á este cambio incesante, al paso que la segunda no lo puede sentir, porque es insensible. En el decurso de este cambio la Vida se transforma, adquiere experiencias, añade constantemente algo á sí misma y se purifica, en tanto que la Forma sólo se transforma y purifica, pero de aquí no pasa. Desde el instante que la Vida traspasa los umbrales de la mansión del No-ser se individualiza; es decir, la Vida Una se convierte en innumerables vidas ó mónadas individuales, que eternamente conservarán esta individualidad y siempre serán ellas mismas, al paso que la Forma no se individualiza jamás. Creemos que, con sobrado motivo, se habrá notado ya que las palabras Espíritu, Vida y Mónada son y significan una sola y misma cosa, y lo mismo decimos con respecto á los términos Materia, Forma y Vehículo. Ahora bien: el Espíritu es siempre el mismo; es siempre la misma entidad que se desarrolla *independiente* de las demás entidades, sus hermanas, y el cambio que experimenta sólo consiste en que, una vez que ha penetrado en el Círculo ó Fragua, constantemente añade algo á sí mismo; constantemente acumula experiencia tras experiencia, sin que pueda perder jamás lo que ha conquistado y

aprendido á través de los tiempos que, por su larga duración, bien pueden ser calificados de eternidades. Por el contrario, la Materia nunca es la misma; nunca es la misma entidad que se transforma y purifica, puesto que las partículas de materia que hoy constituyen una forma ó cuerpo se desintegran mañana para pasar á formar parte de centenares ó millares de otras formas ó cuerpos, de suerte que el cambio en la Materia es la negación de la individualidad indestructible que caracteriza la condición del Espíritu, y donde no hay individualidad perenne é indestructible no cabe, en justicia y buena lógica, progreso alguno.

Pero, ¿de dónde deriva el Espíritu, el germen ó semilla de la sensibilidad y de la conciencia, que lo hace apto para poderse primero dar cuenta de que existe, y luego de que es inmortal y ha de convertirse á través de las eternidades en un dios? ¿Quién será capaz de contestar de una manera satisfactoria semejante pregunta? Para nosotros, ningún hombre, ángel, dios ó logos es capaz de ello. No siendo posible, á nuestro parecer, contestar á semejante pregunta, hemos de aceptar forzosamente una Semilla sin semilla, un Principio sin principio. Sin embargo, nosotros existimos y estamos dotados de conciencia y sensibilidad en mayor ó menor grado, según sea nuestro estado de adelanto y progreso, y esto creemos que debe bastarnos para afirmar que dicha Semilla ha existido y existirá eternamente, aun cuando para nosotros es esto una cosa incomprensible, pues de no haber existido eternamente esta Semilla nosotros no seríamos sensibles ni conscientes. No debemos afligirnos porque somos incapaces de comprender ciertas cosas, puesto que si recurrimos á la lógica ésta nos demostrará que siendo nosotros limitados no podemos comprender á Lo que carece de límites.

Dos fases ó estados principales hay en la naturaleza y modos de existencia de los seres: la una es potencial ó germinal; la otra es real ó efectiva. La fase potencial es la Semilla sin semilla que se halla ingerta en todos los seres desde toda eternidad; es la Semilla sin semilla que nunca se ingertó porque siempre estuvo ingertada y jamás cesará de serlo. La fase real es esta misma semilla ingertada en las mónadas, cuando éstas se hallan prontas para entrar en escena y principian á sentir, para cuyo objeto deben penetrar dentro del Círculo de la manifestación ó evolución. Una vez dentro del Círculo, las mónadas

ó individualidades desarrollan la semilla de la sensación y de la conciencia que llevan ingerta en sí mismas desde toda eternidad, y aquí la conciencia y sensación son ya reales, no potenciales. Pero, ¿qué son la conciencia y la sensación? Son los dos atributos absolutamente indispensables para existir primero y ser después. Las mónadas, al abandonar la mansión del No-ser ó subjetividad y penetrar en la mansión de la objetividad, son entidades *independientes* que si careciesen de atributos no les sería posible progresar. Serían la vibración ó movimiento eterno, pero nada más. Serían la máquina dotada de movimiento continuo, pero de aquí no pasarían. Por tanto, para que sea posible existir primero y ser después, es absolutamente necesario que haya tres factores, á saber: la entidad, la sensación y la conciencia; y que los tres constituyan una sola y misma cosa inseparable é indisoluble. Sin embargo, para llenar el objetivo que nos proponemos en nuestro estudio debemos separar lo que es inseperable y fraccionar lo que es indisoluble. Así, pues, la entidad es la mónada propiamente dicha, y la sensación y conciencia son sus atributos. La mónada, aun cuando es *inmaterial*, es una cosa concreta y ocupa espacio, en tanto que la sensación y la conciencia son cosas abstractas y no ocupan espacio. Tan imposible es concebir que la mónada no ocupe espacio y no sea, por tanto, una cosa concreta, como es imposible concebir que lo ocupen la sensación y la conciencia, y sean, por tanto, cosas abstractas. Esta es la diferencia que hay entre la entidad ó mónada y sus atributos, y nosotros no encontramos otro medio mejor para distinguir entre ellos, que el sentar que la primera es un algo concreto y ocupa espacio, en tanto que los segundos son cosas abstractas y no lo ocupan. También se puede establecer una diferencia entre la conciencia y la sensación, aun cuando son absolutamente inseparables. Efectivamente, las funciones de ambas son distintas. La sensación opera, por decirlo así, y la conciencia se encarga de transmitir estas operaciones á la entidad, y así se completan y tiene lugar la evolución y desarrollo de los seres.

Ahora debemos decir algo acerca de los dos aspectos que presenta la conciencia á medida que la entidad la desarrolla lentamente en sí misma á través de las edades. La conciencia es razonada y no razonada; racional é irracional. Claro está que la conciencia principia por ser no razonada en la entidad que

progresa, concluyendo por hacerse razonada después de un período de tiempo cuya inmensa duración es incalculable para nosotros. Mientras la entidad no se da cuenta de que existe, su conciencia es no razonada; de suerte que, en este globo que habitamos, las únicas entidades que poseen conciencia razonada somos los seres humanos y otros extra-humanos que, según nos enseña la Teosofía, se hallan muy por encima, y otros algún tanto por debajo de nosotros. Los animales no saben que existen porque su conciencia no es todavía racional. Pero que lo sepan ó no ellos existen y se hallan en la etapa evolutiva, á la que nosotros llamamos existir. La enorme diferencia que hay entre la entidad llamada hombre y la llamada animal, consiste sencillamente en que nosotros hemos alcanzado la etapa de la conciencia razonada y ellos no. El abismo que media entre el animal y el hombre se puede, quizás, calcular en millares de millones de años de progreso evolutivo.

Hasta aquí sólo nos hemos ocupado de las fases No-ser y existir. Veamos ahora cuál es la condición á la cual denominamos ser. Como hemos dicho anteriormente, todo existe desde toda eternidad, pero los estados de esta existencia son tan distintos, que bien merece que se establezca una diferencia entre ellos. Para existir basta con *existir*, permítasenos la frase, mas para ser se necesita algo más. Se necesita que la entidad, además de ser consciente de que existe, sea también consciente de su inmortalidad. La inmortalidad ha de ser la característica del verdadero sér; no ser inmortal no es ser. Una entidad que sólo conservara su individualidad *independiente* de las demás individualidades y del Todo por un tiempo limitado, aun cuando este tiempo abarcara más millones de siglos que granos de arena contiene el mar, no sería un sér: sólo sería un algo sujeto y esclavo del tiempo, y el sér, para ser digno de tal nombre, no debe ser esclavo de nada ni de nadie, excepto de sus acciones. Las acciones reguladas por la Incognoscible é Inexorable Ley son lo único que sujetan al sér, pero ni el tiempo ni el espacio tienen poder alguno sobre él. Sería para nosotros una cosa incomprensible y que pugna con los más elementales principios de justicia, el suponer que á la disolución de un Kosmos la entidad puede perder su individualidad al fundirse con el Todo. Perder la individualidad sería perder el fruto de millones y más millones de siglos de trabajos y sufrimientos crueles é indeci-

bles, y de ser así, siempre y eternamente tendríamos que volver á empezar, de suerte que la evolución de los seres sería un sufrimiento eterno. Pero; ¿qué significa la frase «fundirse con el Todo»? Seguramente no significa que debamos fundirnos con el ESPACIO, que es el Único y Absoluto TODO, puesto que siempre hemos estado fundidos en Él y somos una parte integrante del MISMO, sino que este todo de que se habla aquí, y con el cual debemos fundirnos, es un todo relativo contenido en el TODO Absoluto. Este Todo relativo es el Logos, nombre que lo mismo puede significar la Entidad más avanzada que existe en el Kosmos ó Círculo manifestado, como el conjunto de varias jerarquías de entidades cuya sabiduría y poder son inconcebibles para nosotros. Con este Todo relativo es, pues, con el que debemos fundirnos cuando el Kosmos que actualmente nos sirve de vehículo de progreso sea reabsorbido ó resuelto en ESPACIO, esto es, cuando cese la manifestación ó Día de labor y principie á reinar la Noche de descanso. Pero al fundirnos con este todo relativo no debemos perder nuestra individualidad, sino que, por el contrario, debemos conservarla eternamente. Nosotros creemos que la palabra «fundirse» es un término no muy feliz para expresar la idea que con ella se ha querido exponer. Nosotros aplicaríamos la palabra «fundirse» á lo que sucede al Kosmos con respecto al ESPACIO, y al acto de entrar nosotros en el seno del Todo relativo lo llamaríamos «unirse» con Él. Efectivamente; nosotros no nos fundimos con el Todo, sino que nos unimos con Él, lo cual es una cosa muy distinta. Por este motivo, porque no nos fundimos con el Todo, sino que únicamente nos unimos con Él, no podemos perder nuestra individualidad. Nuestra unión con el Todo puede compararse á lo que nos sucede cuando entramos á formar parte de una Sociedad ó colectividad. En tal caso, la masa social constituye un todo, y todos y cada uno de nosotros somos ese todo, sin que por ello perdamos nuestra individualidad.

Ahora bien; ¿hemos alcanzado nosotros, los hombres ordinarios, la certidumbre de nuestra inmortalidad? Teóricamente, creemos que algunos la han alcanzado; prácticamente, lo dudamos mucho, debiendo añadir que la inmensa mayoría no la han alcanzado ni práctica ni teóricamente. La masa humana no está todavía bastante madura para preocuparse de estas cosas. Los relativamente pocos que á fuerza de asiduos trabajos y constan-

tes estudios han conseguido alcanzar esta certidumbre, aunque sólo sea teóricamente, han dado con ello un gran paso hacia la extinción de sus miserias y sufrimientos. Desde la teoría á la práctica puede mediar una gran distancia; pero en el asunto que estamos estudiando nos parece que esta distancia puede ser relativamente corta. Consideramos que es una labor mucho más difícil y penosa oir hablar de una verdad de orden metafísico y aceptarla en teoría, que alcanzar prácticamente la certeza de esta verdad. Téngase presente que aquí no nos referimos á los que aceptan lo que se les dice porque sí, ó porque se lo dice una persona que ellos creen autorizada, sino á los que aceptan una determinada idea después de haberla estudiado profundamente y con toda la imparcialidad de que son capaces. La verdad de una cosa no se puede poseer creyendo á ciegas, sino que debe alcanzarse por medio del estudio y del trabajo. Para obtener la práctica certeza de nuestra inmortalidad debemos recordar nuestras encarnaciones pasadas, y este recuerdo puede hallarse muy cerca de aquellos que aceptan teóricamente esta verdad. Todo depende de este recuerdo, el cual conceptuamos que se presenta en un principio á la memoria del hombre, de una manera confusa é imperfecta, haciéndose más y más vívido á medida que nos consagramos al estudio de este transcendental asunto. Como todo debe tener un principio, de aquí que no se pueda obtener la práctica certeza de nuestra inmortalidad sin aceptarla antes en teoría. No es lógico que un hombre se entregue al estudio de un hecho que ni siquiera acepta la posibilidad de su existencia. Todos los seres humanos poseemos, además de la inteligencia que razona y calcula, la facultad intuitiva, y ésta es la que nos proporciona, con mayor ó menor vividez, la certidumbre de las verdades que transcienden á los sentidos físicos y al frío cálculo de la inteligencia. Aquellos que han desarrollado la facultad intuitiva hasta un determinado punto, perciben ciertas verdades metafísicas que no están al alcance de los menos desarrollados. El gran error de los menos desarrollados no consiste precisamente en el mero hecho de no aceptar lo que los más desarrollados aceptan, sino en negar que sea posible lo que no pueden comprender porque les falta capacidad para ello.

Grande es, pues, la diferencia que existe entre aquellos que, á fuerza de perseverantes estudios, han conseguido asimilarse teóricamente la verdad de su inmortalidad y los que la niegan

ó no quieren preocuparse en profundizar acerca de un punto que tanto debía interesarles. Estos últimos vegetan todavía en la mansión donde sólo se existe, en tanto que los primeros se dirigen con paso rápido hacia la mansión del ser. Creemos que no habrá un sólo teosofista que no pertenezca al número de los primeros, así como creemos también que entre ellos hay algunos que reúnen la teoría á la práctica. Los que reúnen la teoría y la práctica no se hallan únicamente dentro de las filas teosóficas, sino que debe haberlos, é indudablemente los hay, en el seno de otras muchas corporaciones, si bien creemos que el número de los teóricoprácticos es actualmente bastante limitado. La humanidad, como un todo, es todavía muy infantil, y durante la infancia no se es apto para estudiar y asimilarse ciertas cosas que pertenecen á la edad madura. ¿Cómo ha de ser apta la masa humana para asimilarse ideas metafísicas y de orden elevado, cuando la vemos perder lastimosamente el tiempo yendo tras las fruslerías y trivialidades que constituyen su infantil delicia? Á los infantes no se les puede hablar de cosas serias; se les debe entretener con cuentos y bagatelas, y esto es lo que comúnmente se hace, con la chocante particularidad de que los que la entretienen son tan infantiles y poco precavidos como los demás, sus compañeros de infancia, por más que ellos se crean hombres muy sesudos y formales. Los infantes entretienen á los infantes. Sin embargo, nosotros creemos hablar de cosas serias, y como nosotros lo hacen otros muchos; pero si tal hacemos es porque entre el número de infantes que constituyen la masa humana hay algunos individuos que han alcanzado el estado de adultos, y otros, aunque en menor número, el de la madurez más ó menos avanzada. A los adultos, y especialmente á los de edad más ó menos madura, nos dirigimos, puesto que estamos sobrado convencidos de que los infantes no han de escucharnos ni menos comprendernos.

Los que hemos aceptado teóricamente nuestra inmortalidad, pero no hemos alcanzado prácticamente la certidumbre de la misma, no podemos decir, en rigor, que hemos penetrado en la mansión del sér. Esta es nuestra actual tarea, la cual puede abarcar el resto de la presente encarnación, ó una ó varias encarnaciones venideras; esto, según sea nuestro adelanto en esta línea del progreso humano. La creencia en nuestra inmortalidad, aun cuando sólo sea teórica, es tan vívida en algunos de

nosotros, que equivale á la misma certeza y realidad; de suerte que cuando alcancemos prácticamente esta certidumbre no haremos más que ver lo que ya sabíamos. Sea como fuere, é ínterin no se ha alcanzado la práctica, no se puede afirmar que la entidad ha traspuesto los umbrales de la mansión del ser. Una vez traspuestos estos umbrales todo cambia para el hombre. La vida terrena se le aparece en toda su brevedad y pequeñez, y el temor á la muerte, no sólo desaparece, sino que se convierte en un acontecimiento feliz, el más feliz que puede acontecerle en este mundo de miserias y dolores. ¿Qué es la vida terrena para el hombre que es prácticamente consciente de su inmortalidad? Un día de labor penosa, absolutamente indispensable para alcanzar una paz y felicidad que jamás tendrán fin y siempre irán en aumento, puesto que á un mayor progreso cabe siempre una mayor felicidad.

De las tres etapas que hemos estudiado, la única verdaderamente penosa para la entidad progresiva es la que hemos llamado existir. En la etapa No-ser la entidad no sufre ni goza, porque está incapacitada para ello. Durante la etapa existir sufre y goza, superando el sufrimiento al goce cuando aprende á hacer uso del libre albedrío; esto es, cuando alcanza la categoría de sér humano, decreciendo este sufrimiento á medida que aprende á conformarse con la Ley, la cual le advierte, por medio del dolor, que falta á sus deberes. En la etapa del ser el goce supera al sufrimiento, concluyendo este último por desaparecer por completo. Téngase en cuenta que aquí nos referimos á los sufrimientos morales y físicos que todos experimentamos, no á las sensaciones más ó menos penosas que percibimos al llevar á cabo un trabajo cualquiera, pues estas sensaciones siempre las percibirá de una manera ú otra la entidad, desde el momento que debiendo progresar eternamente siempre le costará algún esfuerzo ó trabajo aprender lo que no sabe. Pero trabajar no es sufrir, y aun creemos que en los sistemas solares más avanzados que el nuestro las condiciones del trabajo que para progresar debe la entidad llevar á cabo, no son, ni con mucho, tan penosas como las que imperan aquí, y esto constituye otro dato que, disminuyendo la pena que podemos experimentar al dedicarnos al trabajo, aumenta nuestro goce. Además, en los inmensos períodos de reposo, llamados *Mahapralayas* en términos teosóficos, no hay posibilidad de que ninguna enti-

dad experimente la menor molestia en ningún sentido, y esos períodos, según nos enseña la Teosofía, tienen la misma duración que los *Mahamanvantaras* ó períodos de actividad. En los períodos de reposo sólo el goce es posible para las entidades, goce que es tanto más vívido y esplendoroso cuanto mayores son los méritos y capacidades de cada una de ellas.

Llevar la convicción y la certidumbre de la inmortalidad de todo cuanto existe al ánimo de la generación actual, es lo que se ha propuesto la Teosofía ó Sabiduría Divina en esta etapa de nuestra evolución, y su empeño no ha sido vano, pues millares de personas cuya certidumbre en su inmortalidad principiaba á vacilar, y otras que la habían perdido por completo, gracias á los absurdos é irracionales dogmas sustentados por la inmensa mayoría de los credos exotéricos, se ha robustecido en las primeras y ha echado profundas raíces en las segundas, de suerte que, de tibios creyentes los unos, y de escépticos endurecidos los otros, se han convertido, después de un concienzudo y paciente examen, en fervientes defensores y creyentes de su inmortalidad. Esta creencia es firme, inquebrantable y definitiva, porque está cimentada en la indestructible roca del libre examen. Estas personas han buscado, han trabajado, han estudiado y como consecuencia de ello, han visto. «Busca y hallarás»; «pide y se te dará»; «llama y se te abrirá». Esto es todo. Por dichosa se puede considerar nuestra Sociedad Teosófica en vista de los resultados obtenidos al trabajar en una tan ingrata tierra como es nuestra generación actual, y todos aquellos que se han esforzado y se esfuerzan en desarrollar la idea de la inmortalidad en el corazón de sus hermanos más débiles que ellos, por este hecho creemos que pueden abrigar la convicción de que, si en este momento se hallan todavía dentro del círculo de la certeza teórica, no están lejos del instante en que les será dable penetrar en el de la certidumbre práctica, esto es, dentro de la mansión del sér.

JOSÉ GRANÉS

CARTAS DE "ELIPHAS LEVI,,

publicadas por primera vez desde 1894 á 1896 en la Revista teosófica LUCIFER (1) y traducidas del inglés por "Concha,, (2) hasta la carta XX.

(Aparecieron en dicha Revista unas CLXXIII cartas).

ADVERTENCIA

Casi no es necesaria una introducción para dar á conocer al Abbé Alphonse Louis Constant, ó sea *Eliphas Levi Zahed*, con cuyo seudónimo fué tan renombrado como escritor de *Ocultismo*, que unas pocas palabras bastarán para ello.

Los datos que poseemos acerca de su biografía se reducen á la breve reseña que sigue:

Nació en 1809 (?). Fué hijo de un pobre zapatero de París. Era conocido por el *joven experto*, y habiendo obtenido la enseñanza libre en el Seminario de San Sulpicio, vino á ser un buen latino, griego y hebreo, estando dispuesto á entrar en el sacerdocio. Mas sus votos los dejó en las puertas del Monasterio, en el cual le tildaron de opiniones heréticas, y por esto renunció á la carrera eclesiástica. Luego contrajo matrimonio con una hermosa joven, y después del nacimiento de su segundo hijo, Mme. Constant abandonó á su marido para siempre. Desde entonces se dedicó por entero al Ocultismo. Posteriormente no tuvo su vida otra significación que la en que fué tan conocido. Murió de hidropesía en París, en 1875.

---

(1) «Lucifer no es ningún título satánico ni profano; es del latín *Luciferus*, el que ilumina, la estrella matutina; y en los tiempos primitivos fué un nombre cristiano llevado por uno de los Papas. Adquirió su acepción actual gracias al apóstrofe de Isaías: «¡Cómo has caído de los Cielos, oh Lucifer, Hijo de la Mañana!» De aquí tomó Milton á Lucifer como título de su demonio del orgullo, y el nombre del pálido y puro heraldo de la luz del día se ha hecho odioso para los oídos cristianos.

«Yo, Jesús, soy la resplandeciente estrella matutina.»—(Nota de la traductora, tomada de otra parte).

(2) La modestia de la traductora, que lo fué nuestra querida hermana D.ª Concepción Ruiz de Giménez, cuya alma voló ya á su región, la obligó á usar de ese seudónimo —(El editor).

Sus obras son las siguientes:

Evangile de la Liberté; Dictionaire de la Littérature Chrétienne (1851); *Dogme et Rituel de la Haute Magie* (1851); *Histoire de la Magie* (1860); *La Clef des Grands Mystères* (1861); *Le Sorcier de Meudon* (1861); *Fables et Symboles* (1862), y *La Science des Esprits* (1865).

Y las cartas que siguen, escritas en un período de catorce años, á partir de 1861, fueron dirigidas á su discípulo Le Baron, quien vino á ser después un respetable miembro de la Sociedad Teosófica.

I

MONSIEUR LE BARON: Perdone usted si rara vez escribo á mis amigos. Tengo tanto trabajo, tanto que escribir en bien de todos, que dos vidas que tuviera no serían suficientes para alcanzar el fin que me propongo.

Para conocer y penetrar completamente los misterios, especialmente los de espiritismo, es indispensable poseer las claves de Salomón, ó sea sus grandes y pequeñas claves. Yo las he descubierto, pero no las publicaré todas; sólo trataré de unas cuantas para aquellos de mis discípulos que creo trabajan con fervor.

Encontrará usted en ellas las setenta y dos impresiones de los treinta y seis talismanes, y el gran alfabeto jeroglífico de la Kabalah, con explicaciones que nada le dejarán que desear.

Siento no haber estado en casa cuando vino M. Guettée; tengo que dar lecciones en la Ciudad, y no estoy, generalmente, en ella más que por las mañanas.

Jueves, 24 Octubre 1861.

II

Los treinta y seis talismanes corresponden á las nueve jerarquías, ó más bien á los nueve órdenes de ángeles, divididos en tres grados jerárquicos, y representan bastos, copas, espadas y círculos, signos iguales á los jeroglíficos del tarot.

Los setenta y dos nombres que les corresponden son los triples rayos de las veinticuatro perlas que forman las letras del sagrado tetragrama y las piedras preciosas de la corona apocalíptica de los veinticuatro ancianos.

El significado de estos nombres indica las virtudes de los signos.

Cada talismán expresa una síntesis relativa y sirve para fijar la mente y fortalecer la voluntad.

Como la verdad expresada por estos signos es absoluta, por medio de ellos se pone en relación con todos aquellos espíritus de luz que pueden ser evocados según las señales indicadas en el texto que acompaña á las figuras.

Por el vórtice etéreo que causa el movimiento de las mesas y demás, comprenderá usted que estos movimientos nada tienen de común con la luz de gloria, y que obedecen sólo á la luz astral, que es ciega y fatal.

11 Noviembre 1861.

III

Me conceptuaré dichoso si logro satisfacer á usted el hambre y sed de justicia que le guía, y le prometo quedará plenamente satisfecho. Mas si desea encontrar esa luz gloriosa, debe trabajar para conseguirlo. Por mi parte, le daré las claves, pero usted debe intentar abrir la puerta.

Cada talismán tiene su anverso y su reverso, poseyendo cada uno de éstos su nombre; por tanto, los treinta y seis talismanes tienen setenta y dos nombres.

Para comprender las veintiuna claves de las letras y las cuatro series de formas de números, debe usted procurarse un antiguo tarot italiano, que podrá encontrar fácilmente en Marsella. Cuando lo tenga, escríbame, y yo le enseñaré el modo de usarlo. Entre tanto, lea y relea lo que digo en mis libros, y vea si encuentra varias figuras análogas á las grandes claves, así como á las pequeñas.

Paciencia y perseverancia, que todo le será explicado.

Procederé á contestar á sus preguntas:

1.° Los diferentes grados de pureza entre los espíritus están en relación con sus méritos y con sus esfuerzos para corresponder á la gracia.

El «pecado original» fué una corrupción moral en toda la raza humana.

2.° Los espíritus ascienden, de grado en grado, por la renunciación voluntaria de las atracciones egoístas de los grados inferiores.

3.° El grado más elevado que ha de distinguir á la raza militante es aquel en que cada individuo posea todas las virtudes y perfecciones humanas.

4.° Moisés volverá con Elías cuando el misterio de la transfiguración de Jesucristo se realice.

5.° Jesús difiere tanto de Moisés y de Enoch, como la síntesis del análisis.

Pero las enseñanzas católicas, siendo exotéricas, hacen que la mayoría de los cristianos estén en un error acerca de la virtud y perfecta enseñanza de la palabra divina.

6.° Desbarolles no es un *ocultista* real; es un hábil jugador de manos, con ribetes de conocimiento verdadero, en cuyas profundidades no penetrará jamás.

7.° Uno mismo está expuesto á alucinaciones y á enfermedades nerviosas.

8.° El Antecristo es una doctrina, pero una doctrina que está también reasumida en el hombre.

9.° La nueva creación será el complemento y perfeccionamiento de la actual.

10. Yo considero á San Martín un adepto de la verdadera ciencia, pero dado demasiado á las abstracciones místicas.

Intente usted leer un pequeño libro de Eckhartshausen, titulado *The Cloud on the Sanctuary*, ó algo de los filósofos de nuestros días que no estén en entredicho.

Domingo, 17 Noviembre 1861.

(Continuará.)

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

ESTANCIA DE MME. A. BESANT, PRESIDENTE S. T.

EN FRANCIA

PARÍS.—*Conferencias únicamente para los M. S. T.*

1.ª El jueves 28 de Octubre, á las ocho y media en punto: «L'Avenir qui nous attend: Le rôle de la Société théosophique dans le prochain cycle.»

2.ª El viernes 29, á las ocho y media en punto: «L'Avenir qui nous attend: Le retour du Christ.»

Conferencia pública en el gran salón de los Agricultores de Francia, 8, rue d'Athènes, el domingo 31, á las tres en punto: «La fin d'un cycle et l'avènement d'une nouvelle ère religieuse, scientifique et sociale.»

Terminada la conferencia se celebrará una recepción amistosa en casa del Secretario general, 21, Avenue Montaigne, de cuatro y media á seis y media, á la cual están invitados, de todo corazón, todos los miembros de la S. T.

Aquella misma noche, á las nueve y treinta, saldrá madame Besant para Ginebra.

GINEBRA.—*Conferencia pública* el lunes 1.° de Noviembre, á las ocho y media de la noche, en el Victoria-Hall.

Reunión reservada para los M. S. T. el martes 2, á las ocho y media de la noche, en la residencia central de Ginebra, 7, Cour Saint-Pierre.

Salida de Ginebra para Lyon el miércoles 3, á las doce y cuarenta minutos de la tarde.

LYON.—*Conferencia pública* el 3 de Noviembre, á las ocho y media de la noche.

Reunión reservada para los M. S. T. el jueves 4, á las dos y media. Dirigirse para detalles á M. Favre, 58, rue Sala.

Salida de Lyon para Marsella á las cinco y dieciséis minutos de la tarde.

MARSELLA.—*Conferencia reservada para los M. S. T.*, el viernes 5 de Noviembre.

Conferencia pública el sábado 6, á las ocho y media de la noche.

Para detalles dirigirse á M. Leblais, 37, boulevard des Dames.

Salida para Toulon el día 7, á las nueve y cincuenta y seis minutos de la mañana.

TOULON.—7 de Noviembre. Por la tarde reunión reservada á los M. S. T. é inauguración de la Federación de las ramas teosóficas del Sudeste de Francia.

Conferencia pública, el mismo día, á las ocho y media de la noche.

Para detalles dirigirse á Mme. Guglielmi-Ruyer, 46, rue Víctor-Clappier.

Salida de Toulon para Niza el día 8 de Noviembre, á las ocho y cincuenta y cuatro de la mañana.

NIZA.—*Conferencia pública* el día 8 de Noviembre, á las ocho y media de la noche.

Reunión amistosa el día 9, de tres á cinco, en Villa-Bayer, 25, boulevard Carnot.

Conferencia reservada para los M. S. T., el día 9, á las ocho y media de la noche.

Para detalles dirigirse á Mlle. L. Bayer, 25, boulevard Carnot.

Mme. Besant saldrá de Niza el día 10 por la mañana, deteniéndose en Génova, Turín y Milán, y se embarcará el día 16 en Brindisi para regresar á la India.

BIBLIOGRAFÍA

Mario Roso de Luna.—*Hacia la gnosis.*—Ciencia y Teosofía.

En la Nota bibliográfica que escribimos referente á la obra de nuestro amigo y hermano Sr. Roso de Luna, *Evolutions solaire et serie astro-chimiques* (1), la dábamos el calificativo de libro genial, y cada vez nos afirmamos más en la exactitud de aquella adjetivación que hacemos hoy extensiva á la nueva obra *Hacia la gnosis*, que acabamos de recibir.

Hacia la gnosis no es un libro de filosofía, aunque tiene mucha y muy honda, ni una obra de ciencia, aunque también contiene mucha y muy transcendente; es un volumen formado con artículos tan varios como *Nubes, Nieves, Los anales akáhsicos, El Cosmos de lo ultramicoscópico, Vermes, Aster, Arbor, Homúnculos, Xilepe, Viator, El orden es la vida, ¿Cuándo se muere? La muerte, su verdad y sus mentiras, Escarceos matemáticos filosóficos, El sello de Salomón, Música pitagórica, Las siete biologías, Higiene del pensamiento, La moral y el Sol, Los dos mejores médicos, Higiene integral* y *Los senderos hacia la Teosofía*.

Para exteriorizar con la pluma lo que pensamos y sentimos de este tan extraño como deleitable libro, habríamos de repetir casi todo cuanto expusimos en la nota bibliográfica á que antes hacemos referencia. Lo damos aquí por reproducido y nos limitamos en ésta á decir algo de ciertos particulares verdaderamente originales acerca de la «manera de hacer» de este tan singular escritor.

(1) No se publicó en SOPHIA porque al enviarla á la imprenta estaba ya compuesto el número que contenía el artículo que le había dedicado el diario *El Liberal*, de Madrid.

El que no le conozca, al leer el título de un artículo cualquiera—el de *Nubes*, por ejemplo—se figurará que su autor nos va á decir lo que la meteorología ha llegado á saber hasta el presente respecto de las mismas, ó bien que fantaseará sobre las formas de las nubes y las varias semejanzas que ofrecen con montañas, animales, ejércitos y seres fantásticos ó monstruosos. Pues bien; no hay nada de esto, mejor dicho, hay todo esto, pero en tal forma, que el autor, con extraños giros de ideas, se apodera por completo de la atención del lector y le enseña hasta las últimas disquisiciones de la meteorología acerca de las nubes; y cuando ya creemos no se pueda decir más, entonces es cuando más se manifiesta la idiosincrasia del autor, que ante las incógnitas de la ciencia su espíritu se agranda, se agiganta y entonces aparece el adivino, el intuitivo, el verdadero vate que entrevé y canta las sublimidades de la nueva gnosis, y nos da el nuevo conocimiento de que cada nube es un verdadero sér vivo, iniciándonos en la evolución y fases de su vida, el papel que desempeñan en la vida de la Tierra, cómo fueron en el génesis de ésta, y cómo serán en su ocaso.

No es, sin embargo, esta la pauta seguida en los demás artículos, ni puede serlo, pues siendo éstos, por su asunto, tan diferentes, cambia aquélla amoldándose al espíritu de cada uno, mostrándosenos el autor como fisiólogo, psicólogo, sociólogo, etc., pero siempre artista.

Porque precisamente esta es la característica más marcada en los escritos del Sr. Roso de Luna, al extremo de darle personalidad propia, definida é independiente. Pasma la variedad y multiplicidad de ideas expresadas en unas pocas páginas del más breve de sus artículos, desde los que sin dejar en esencia de ser hondos, parecen por su expresión verdaderamente infantiles, hasta las más transcendentales expuestas con admirable sencillez.

El estilo guarda íntima relación con las ideas; siendo por sí sencillo, fleudo, natural, sin rebuscamiento alguno de la frase, es, sin embargo, tan brillante y sugestivo que fascina, encanta y cautiva por completo al lector.

«Ciencia y Teosofía» es el subtítulo del libro *Hacia la gnosis*, y ciencia y teosofía es en esencia. Una advertencia, no obstante, hemos de hacer respecto del segundo subtítulo, Teosofía. *Hacia la gnosis* no es un libro de exposición de doctrina teosófica, lo cual no obsta para que nos lleve sin sentirlo en todos sus artículos á las puertas del Templo de la Sabiduría, y es porque su autor, gran intuitivo y generalizador en grado sumo, reúne y abrocha los infinitos aspectos de la ciencia, del arte y de la filosofía con la Verdad Una, haciendo que Ésta llegue á cada lector en el grado que le permite la evolución de su ego.

Bajo este punto de vista la Teosofía tiene motivo para felicitarse, pues son pocos los que sepan presentar las enseñanzas teosóficas de la manera tan sutil y atrayente que el Sr. Roso de Luna, al que SOPHIA se complace en felicitar.

E. García Gonzalo.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.